

la nobleza indígena, sus posesiones patrimoniales, en fin. Hay muchos temas que invitan a la reflexión y quizás a la discusión, como por ejemplo, lo que el autor nos dice con respecto a los terrazgueros. Por alguna razón no explícita en el texto, Felipe Castro se resiste a calificar la importancia social de los terrazgueros y sus implicaciones en cuanto a la estructura de la propiedad indígena. Resuelve el tema afirmando que para fines del siglo XVI los antiguos terrazaqueros se convirtieron en maceguals con acceso directo a la tierra debido a los problemas derivados de la sucesión del cazonci. Habría que preguntarle si efectivamente desaparecieron tantos terrazgueros.

Está claro que en otras regiones de la Nueva España, desde el valle de Chalco hasta Oaxaca los terrazgueros permanecieron a lo largo de la época colonial como parte del patrimonio personal de los señores naturales, y aparecen claramente referidos en sus testamentos a la hora de hacer un inventario de sus

bienes. Ciertamente los terrazgueros no son esclavos, sino para efectos del vínculo se considera el terrazgo o la renta que le proporcionan al cacique como un ingreso.

También resulta debatible lo que el autor afirma con respecto al tributo al que tenían derecho los señores naturales, pues sugiere que la Corona prohibió que lo recibieran. No queda claro si el autor se refiere específicamente a los señores tarascos o a los caciques en general, pues en mi opinión, la corona, al reconocer a los señores naturales como “señores”, reconoció su derecho a tener vasallos y a recibir tributo de ellos.

Como estos dos temas, en el libro el lector encontrará temas que ameritan e invitan a la discusión de cómo se instauró el orden colonial en Michoacán, en comparación con otras regiones de la Nueva España.

Para el siglo XVIII nos dibuja un mundo indígena que se desmorona ante el desarrollo económico acelerado de las empresas de españoles en la región. Destaca la pérdida

de tierras y las cargas excesivas impuestas a las comunidades. En este contexto resultan interesantes las observaciones del autor en cuanto a la denuncia de realengos como método utilizado por parte de los españoles para acaparar recursos en contraposición a los historiadores que han puesto el énfasis en las composiciones de tierras. El siglo XVIII lo aborda el autor con cierta melancolía, al describirlo como un siglo de pérdidas, el ocaso de los dioses, la descomposición de los hospitales fundados por Vasco de Quiroga, el lento vaciamiento, el mestizaje, es decir, el autor ve un mundo indígena muy distante de aquel que encontraron los españoles a principios del siglo XVI.

El conocimiento ya añejado que el autor tiene sobre Michoacán le permite moverse con soltura a través de numerosos temas. Sin duda *Los tarascos y el imperio español*, será un referente obligado para aquellos que quieran trabajar el mundo indígena en Michoacán en la época colonial.

La Jerez del Porfiriato

Ariel Rodríguez Kuri

Carlos Lira Vásquez, *Una ciudad ilustrada y liberal. Jerez en el Porfiriato*, México, Gobierno del Estado de Zacatecas / Ficticia / Universidad Autónoma Metropolitana, 2004, 296 pp.

I

El libro que ha escrito Carlos Lira, amén del resultado de una

investigación rigurosa y de un ejercicio técnico y estético insospechado, es un homenaje a la tradición moderna. Es un homenaje a la tradición moderna en dos sentidos: de una parte porque el libro es respetuoso y empático de la naturaleza del objeto, es decir, de Jerez y de su historia antes y después de 1900. En otras palabras, el libro plantea la manera de entender una comunidad en un momento de

cambio material, simbólico y sensible.

Pero el libro es asimismo un homenaje a esa tradición por la actitud del historiador. Carlos Lira ha querido ser el arqueólogo, el antropólogo, el sociólogo, el economista, el crítico de arte y el psicoanalista de los jerezanos. Desde una actitud sobre todo enciclopédica, desde una ambición ilustrada en absoluto vergonzante, Lira se hace

cargo de la ansiedad típicamente moderna por conocer y explicar. Justo en este punto los ecos fáusticos que van y vienen entre Jerez y el historiador son perceptibles. Lira ha quemado las naves de la generalización y de la improbable explicación del pasado como un antecedente demeritado del presente. Devuelta la integridad histórica al objeto, el autor puede usufructuar, impetuoso y desmesurado, la tradición monográfica.

Entiendo por monografía la exploración exhaustiva de un problema y la presentación de resultados que se apoyan en evidencia, rastros, testimonios. La monografía conlleva asimismo una serie de operaciones para dar coherencia, sentido y equilibrio a la explicación buscada. En los medios intelectuales mexicanos el recurso a la monografía no acaba de ser bien visto. Como producto más notable de la actividad universitaria, la monografía (en la forma de artículo académico o de libro) está fuera del canon de la cultura escrita. Pocos la valoran fuera del reducido grupo de especialistas, más allá de la tribu de los profesores, a quienes muchos desean ver extintos como si fueran caníbales. Carlos Lira es un profesor. Ergo, escribió una monografía. No conozco otro género que pudiera haber dado cuenta exhaustiva del problema gnoseológico, metodológico e historiográfico que significa Jerez.

Por esa razón, pero no sólo por ella, *Una ciudad ilustrada y liberal. Jerez en el Porfiriato* es un libro importante. Su concepción y desarrollo como texto y explicación no quieren guardarse nada. El libro es un intento de historia total. El lugar de Jerez en la geografía del centro-norte de México, la estructura de la propiedad inmueble, las formas de la producción agrícola,

ganadera, artesanal e industrial, los giros del comercio, las pautas en la creación del entorno construido, las maneras de morir y de pensar la muerte, han sido recogidas en el estudio, que es también la enciclopedia de Jerez durante la Bella Época mexicana.

No es un escrito, un libro a la moda. Al contrario, Lira ha reconocido una tradición y la ha utilizado a plenitud. Primera evidencia: como aquellos hombres de ciencia dieciochescos, Lira porta consigo los conceptos, el orden de las cosas, la retórica; pero es peculiar al libro, y a la investigación que le precedió, que Lira haya llevado consigo en todo momento, y como un recurso cognitivo, los lápices del arquitecto y del artista. Crear bocetos, perfiles, croquis, imágenes es uno de los procedimientos de la ciencia. Dibujar, representar gráficamente, es conocer, es hacer ciencia. Lira no ilustró su trabajo, sino que usó el dibujo como una forma de la explicación. Este recurso no está justificado sólo porque se trata de una investigación sobre la arquitectura y el urbanismo de Jerez. Creo encontrar otra razón, de igual forma importante: la necesidad de que las formas discursivas y explicativas del historiador procuren adaptarse a la complejidad, a los pliegues y a la densidad del objeto investigado. Por eso el historiador debe tener personalidad fragmentada, alma esquizoide, habilidades múltiples. El hombre de ciencia soñado por la Ilustración se expresa en este libro en su triple naturaleza: como hacedor de conceptos, como creador de palabras, como demiurgo del arte.

Un elemento relevante en la tradición moderna es la convicción en el autor multifacético, que sabe muchas cosas y que en la medida de sus posibilidades las aplica en la

investigación y la escritura. Otro elemento de esa tradición es la crítica. Lira discute con algunas preconcepciones sobre la historia de la arquitectura, del urbanismo y de la sensibilidad. De hecho, el resultado es un texto que no informa sólo del proceso mexicano, sino del lugar de éste en el proceso general de desarrollo de los paradigmas urbano-arquitectónicos modernos. El libro no rescata una idiosincrasia —si es que tal cosa existe—; tampoco se aboca a entender el gusto estético como aceptación sin crítica de lo que el repertorio ofrece a los jerezanos a partir de la década de 1880. Estamos, al contrario, ante un libro que trata del *consumo* de la arquitectura. Lira ha encontrado hombres y mujeres que decidieron sobre su propio gusto, que lo modificaron y adaptaron de tal suerte que recrearon el repertorio.

Entender el gusto de la gente como un momento activo del arte, la arquitectura y el urbanismo tiene consecuencias en una interpretación general del pasado de las ciudades mexicanas. Esto es así porque lo que muestra la investigación de Lira es prometedor para sugerir otras miradas del mundo urbano. Como suele suceder, ciertas convicciones tienden a convertirse en estereotipos, en anteojeras que limitan nuestro entendimiento del pasado. Lira encuentra en Jerez manifestaciones sólidas de una arquitectura secular, muy interesada en el bienestar y el progreso de los hombres y mujeres en este mundo, precario y maravilloso. No afirmaré yo aquí que la arquitectura religiosa en Jerez haya sido poco importante pero, a mi entender, esa arquitectura no fue dominante ni como paradigma estético constructivo ni como hito urbano. Lo liberal, quizá lo ilustrado de Jerez, viene de esa suerte

de secularidad que no es la imposición ideológica de una élite, sino un recurso de la cultura local.

No toda experiencia moderna es depredadora del pasado o del medio natural. Lira identifica unas prácticas urbanísticas ciertamente modernas pero, según muestra su estudio, en paz relativa con la naturaleza. La orientación de las manzanas y el sombreado de los edificios, ejemplos si se quiere elementales, son muy representativos de esa armonía naturalista. Más allá, el historiador encuentra un juego entre las necesidades cotidianas de la arquitectura doméstica o comercial y la sensibilidad estética: la casa y sus accesorias deben mantener un mínimo de calidad arquitectónica, por el simple gusto de hacer las cosas bien hechas.

No dejaré de sorprenderme el gusto profano e irónico de los jerezanos al recordar y conmemorar a sus muertos. El capítulo que describe y explica el cementerios y los monumentos funerarios plantea, de hecho, un punto de fuga en el libro de Carlos Lira. Gesticulación y dolor genuino, resignación cristiana y alarde culterano, todo esto y más puede encontrarse en los monumentos y epitafios del cementerio. (Quizá deba sugerir aquí que Carlos Lira bien podría desarrollar un proyecto de investigación de más largo aliento, que considere un número significativo de cementerios en el país; encontrar el punto de intersección del arte funerario y de los ritos y prácticas sociales alrededor de la muerte resultaría en un mapa muy sugestivo de la cultura mexicana moderna.)

II

París fue la capital mundial del siglo XIX. Jerez, que fue apenas

municipio, ha sido reconstruido por Carlos Lira para mostrarnos que en las vegas de un río zacatecano se cumplió una parte del programa moderno. En su libro Lira nos ha recordado nuestra principal y más vigente tradición, la única que nos ha permitido hablar de nosotros y, al mismo tiempo, hacernos ajenos para entendernos. Mirada Jerez a través del libro de Lira nos encontramos y nos desconocemos radicalmente. El torbellino de la modernidad anula las certezas cosificadas. Son más perdurables las imágenes que son conceptos, las ideas amplia y reiteradamente discutidas, y la tradición según la cual el cambio, el vértigo, la dialéctica destrucción/construcción representan como nada nuestra esencia.

Por eso la historia de Jerez es todo lo contrario a la pureza originaria, ya se presente ésta en su modalidad étnica o religiosa o idiosincrásica. En Jerez mestizaje, criollismo de bajo perfil, diferencia religiosa, liberalismo bien temperado, eclecticismo conforman todos una hermosa y sana turbiedad. A la larga, sobre todo hacia 1900, todos aquellos elementos se habrán transmutado en un experimento sociocultural coherente, fresco y original

Yo no creo que Jerez haya sido necesariamente el epítome de la paz porfiriana. En todo caso ha sido también su rasgadura, una rasgadura que atraviesa, por lo demás, todo el experimento moderno. Yo la resumo así: vida y civilización ¿son conciliables? La investigación de Carlos Lira se inclina por un sí vasto y generoso. Esto es así porque Lira escribe desde un paradigma modernista. Ese paradigma exige del historiador un compromiso con la incertidumbre y una lealtad a las decisiones de los hombres y mujeres libres e informados. La

tradición como categoría analítica queda en suspenso. Las pequeñas decisiones de los jerezanos, ésas que hicieron la ciudad, los caracterizan como Faustos menos los instintos homicidas.

Renato González Mello ha escrito que la posmodernidad “no denomina algo que vino después de la modernidad, sino algo que convivió con la modernidad y acabó imponiéndose a ella [...] la posmodernidad no es culminación de la modernidad, sino su antítesis”. Entiendo que un paradigma modernista es un sistema de control de daños de las sobreinterpretaciones y sobredeterminaciones de las teorías posmodernas. La historia de Jerez ilustra estas respuestas. Lira no lee románticamente a Jerez y no busca una explicación vitalista. Lira hace en cambio la historia de una frivolidad mundana y ecuménica.

El romanticismo, y luego todo el sistema de pensamiento de las “filosofías de la vida” en Europa, respondieron negativamente a la posibilidad de conciliar vida y civilización en el mundo moderno. Dicho escepticismo ha coexistido con el fenómeno material y político moderno, negándolo. Para algunos de los románticos, y luego para los filósofos de la etnia y del pueblo (al estilo de los pangermanistas y paneslavistas de 1850), el fenómeno moderno es sobre todo un fenómeno destructor de la vida. Lo es porque rompe un equilibrio básico en las relaciones entre los hombres y en las relaciones entre el mundo de la necesidad y la espiritualidad; lo moderno supone competencia, ambición, una fe ciega y casi salvaje en el futuro, y una constante enajenación y subordinación de los hombres frente a las cosas, sobre todo frente a la que representa y resume a todas las demás: el dinero.

Algunas de las vertientes del antimodernismo llegaron a imaginar nichos de tradición que deberían ser defendidos de las pulsiones uniformadoras de los nuevos tiempos: la comunidad, la aldea, la cultura cara a cara (que se convertiría, por cierto, en uno de los tipos más importantes del pensamiento social en gestación, sobre todo en la tradición alemana). Tal es una de las modalidades del conservadurismo —no la única entre las vigentes en el siglo XX. Esa idealización no acostumbraba hacer explícitas las escalas de esas comunidades imaginadas (y menos comprobar su existencia empíricamente), pero es de suponerse que eran relativamente pequeñas, patriarcales, cristianas y étnicamente puras. Sin embargo, eran poderosas, plenas de vida, porque no interrumpían ni perturbaban unas relaciones intensísimas y sinceras entre los hombres consigo mismo, con los demás y con la naturaleza que pareció bendecirlos.

No tiene caso preguntarse sobre la realidad histórica de estas imaginéras. No tiene caso, tampoco, inquirir si esta visión de la vida es suficiente para nuestra sensi-

bilidad contemporánea. Pero no podemos pasar por alto cómo esas filosofías y esa jerga de la autenticidad (como la llamó T. W. Adorno) mutaron —o quizá sólo evolucionaron— hacia ideologías excluyentes y a veces homicidas. Las filosofías de la vida, la pasión por la pureza de la raza y del lugar, la nostalgia por orígenes iluminados, las ideologías de pueblos elegidos que se fraguaron en las hogueras aldeanas, han sido, más de una vez, infiernos del siglo XX.

Por eso Jerez debe ser entendido como la historia de tono de la vida local, pero sin la referencia edípica a la *matria* de Luis González. O al menos aquí la madre resultó cosmopolita. Sea como sea, es no sólo posible sino necesaria una historia modernista de las pequeñas y medianas ciudades. O dicho de otra forma, existe una historia altamente relevante de la experiencia modernista en comunidades y poblaciones de pequeñas magnitudes y escalas. En último caso, y como mostró Octavio Paz, reconozcamos que la modernidad es también una tradición.

Planteo, otra vez, la dicotomía que resume lo que el libro de Carlos

Lira promete. Jerez: ¿civilización o cultura? Me inclino por el primer término. Civilización es una categoría que debe regresar al imaginario del historiador. Ese regreso implica cambios de énfasis, de métodos, de ritmo. Supone además concatenaciones más amplias y complejas y una graciosa huida de toda la jerigonza de las identidades y las esencias locales y nacionales. Jerez como lugar y momento civilizatorio abre camino a su universalización. El enfoque sólo cultural, con las connotaciones de éste en el debate contemporáneo, lo aislaría en el caso.

Termino diciendo que, para Norbert Elias, el proceso de civilización es el camino de la “dulcificación de las costumbres”. Dulces costumbres las que ha encontrado Carlos Lira en Jerez: la de construir y habitar bien, con gusto, como un gesto de auto-reconocimiento y de respeto a las propias expectativas y deseos. Dulce costumbre la de leer e interpretar el mundo como si éste fuera uno y hablara el mismo idioma. Dulce costumbre la de amar el siglo sobre todas las cosas, y dejar en paz el más allá y la historia.

Pensamiento y discurso del racismo

Dolores Pla

José Jorge Gómez Izquierdo (coord.), *Los caminos del racismo en México*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Plaza y Valdés, 2005.

Para escribir *Los caminos del racismo en México* Jorge Gómez congregó a tres reconocidos especialistas más para examinar conjuntamente “algunos aspectos de la gestación y presencia de la ideo-

logía racista en el pensamiento y discursos elaborados por las élites mexicanas durante los siglos XIX y XX” que contribuyeron de manera importante a “inventar una identidad colectiva de unidad y armonía” que se estimó necesaria para